

FILMS
DE AMOR
EL TREN CIEGO



Núm.
95

CTS.
25

GINA MANÉS - G. CHARIÁ

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 95

LETRAIN SANS YEUX 1926

EL TREN CIEGO

Adaptación en forma de novela, de la
película del mismo título interpretada
por la genial artista de la pantalla

GINA MANÉS

.....
E X C L U S I V A S
N O N P L U S U L T R A

Rambla Catalunya, 109 Barcelona

REPARTO

Palma..... GINA MANÉS
Ricardo Gonthier..... G. CHARIA

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Mañana de primavera, brisa suave que mece con candencioso acento las tiernas hojas, que van vistiendo a los árboles con su ropaje verde y alegres risas juveniles, entremezcladas con el piar de los pajarillos que cruzan raudos el espacio, o se detienen curiosos, como testigos indiscretos.

En el campo de golf, donde hallamos por primera vez a los protagonistas de nuestra historia, la juventud goza en el ejercicio del bello deporte, embriagándose de vida en el sol y perfume de aquella mañana abrilena.

Algo alejados del grupo general, una pareja de enamorados, Ricardo Gonthier y su prometida, mis Palma, aprovechan la soledad en que se hallan para repetirse una vez más sus juramentos de amor.

—Me parecen interminables estos días que pasan, Ricardo — decía ella, teniendo entre sus manos una del joven —. A pesar

de lo cerca que está nuestro matrimonio, un presentimiento inexplicable me intranquiliza.

—¿Acaso dudas de mi amor? — le preguntó Ricardo sonriente.

Ella le miró seria, poniendo en sus ojos todo el inmenso amor que sentía por él, y exclamó convencida:

—Bien sabes que no. Bien sabes que creo en tu amor con la misma fe que desde el primer día. No tienes motivo para otra cosa; pero, sin embargo, el corazón me dice que “algo”, no podría explicártelo, hará nuestra boda imposible.

—Nada temas, querida — exclamó él pretendiendo tranquilizarla —. Pronto llegará el día tan deseado por los dos, y nuestra felicidad será tanta que el mundo parecerá pequeño para contenerla. ¿Por qué temer, ni a qué?

—No sé — respondió Palma —. Tu puesto en el Banco es peligrosísimo. Te he pedido varias veces que lo abandones. Con mi fortuna podemos vivir los dos admirablemente.

La sonrisa que se dibujaba en los labios respondió:

—Eso es imposible, Talma. Si eso hiciera, tú misma llegarías a despreciarme... Me creerías un cazador de dote y yo quiero que estés convencida de que tu fortuna no me importa nada... que sólo te quiero a tí...

La joven no se atrevió a insistir. Conocía la inquebrantable voluntad de su novio y se dejó conducir del brazo hasta el soberbio automóvil que los esperaba a la puerta del club.

Media hora más tarde se hallaban a la puerta del Banco donde Ricardo prestaba sus servicios, y Miss Palma se despedía de él, diciéndole:

—No te olvides que te aguardo en el hotel para comer juntos.

—Descuída—respondió él. A la una y media estaré contigo—. Besó la mano que la joven le tendía y entró en el edificio donde estaba instalado el Banco.

Miss Palma le siguió con la vista, cuando desapareció su novio se echó sobre los almohadones del coché, diciéndole a la vez al conductor:

—¡A casa, pero antes de una vuelta por el Bosque!

Estaba intranquila, nerviosa y quería calmar su agitación con el aire fresco de la mañana. Recostada indolentemente, sin darse cuenta de las calles por donde corría el automóvil, Palma iba reconstruyendo mentalmente todos los momentos de su vida desde que conoció a Ricardo Gonthier. Fué un día, al cobrar un cheque, cuando los dos jóvenes se conocieron, y al mirarse por primera vez

sus corazones latieron al impulso de un mismo sentimiento. Ella acababa de llegar de Inglaterra, donde había heredado una cuantiosa fortuna al morir su padre. Había venido a París para alejar de su mente los tristes recuerdos de sus últimos días. Al principio, la alegre ciudad parisina le pareció tan triste y sombría como la que acababa de dejar; pero al conocer a Ricardo un rayo de alegría entró en su alma, y desde ese momento no dejó un solo día de ir al Banco con cualquier pretexto. Se hicieron novios, sin que ellos mismos pudieran decirse cómo. Tenía que ser y fué. De los corteses saludos de la ventanilla, pasaron a los paseos, y de allí, hasta llegar a acordar su boda. Varias veces le había ella propuesto que abandonara el puesto que ocupaba, pero Ricardo, hombre completo y de acrisolada honradez, hubiera preferido perder a la mujer adorada antes que pasar ante los ojos de la sociedad como uno de esos hombres cuya máxima ambición es la de casarse con una rica heredera.

A este punto habían llegado sus pensamientos, cuando se dió cuenta de que el coche se hallaba parado ante la puerta del hotel, el cochero esperaba, con la gorra en una mano y la otra en la portezuela, a que bajase. Descendió de él, y entró, sin volver la cabeza al interior.

Mientras tanto, en el Banco sucedían co-

sas extraordinarias, que venían a confirmar los presentimientos de enamorada joven.

Era apoderado del Banco un tal Syam, hombre muy conocido en el mundo de las finanzas, por el capital de que disponía, si bien nadie había logrado conocer el origen de aquella fortuna. Tenía el gesto duro, la mirada fría y provocativa, que clavaba en su interlocutor, como si quisiera escrudifiar sus más recónditos pensamientos.

Aquella mañana se hallaba hablando con el director del Banco, un buen hombre, que a fuerza de trabajo y constancia había logrado ocupar el puesto de que disfrutaba.

—Mañana se celebra la junta de accionistas en Niza, y es preciso que alguien vaya con todos los documentos—le decía Syam al director—. Yo creo que usted mismo debía ir inmediatamente, si quiere llegar a tiempo.

—Me es imposible en estas circunstancias dejar abandonado todo el trabajo que hay—respondió el director—; pero, no obstante, buscaremos un empleado de confianza y le entregaremos la documentación y los cheques.

—Es igual—volvió a decir Syam—. Lo urgente es que ese empleado salga inmediatamente, si no no llegará a tiempo.

—Déjeme un poco de tiempo, para pensar quien puede ser el designado para esta misión—le dijo el director.

—¡No cree usted que Gonthier la cumpliría

a las mil maravillas! Es un muchacho listo y, además, tengo interés en que se abra camino cuanto antes—propuso Syam.

—Me parece muy acertada su elección—aceptó el director—. Es un joven que vale y merece que se le ayude. Ahora mismo lo llamaré y le daré las órdenes oportunas.

Hizo sonar un timbre y poco después Ricardo se hallaba en el despacho de la dirección.

—Le he mandado llamar para un servicio extraordinario, y para el que necesito una persona de toda nuestra confianza.

Ricardo sonrió, satisfecho de la confianza que su jefe parecía depositar en él, y aquél, continuó diciéndole:

—No es necesario—exclamó Syam—. Yo llevo el mismo camino y lo acompañaré en mi coche.

Resuelto de esta forma el problema de la locomoción, minutos después, los dos hombres se dirigían camino de la estación, a la vez que Syam le decía cariñosamente:

—Verdaderamente el señor director es algo exagerado en sus órdenes. Podría haber—

—Mañana se celebra en Niza la reunión de accionistas y usted será el encargado de llevarles la documentación y los cheques, importe del dividendo.

—Muy agradecido, señor director, a esa

confianza que en mí deposita — Respondió Ricardo.

—Esta distinción—volvió a decirle el director—se la debe a nuestro apoderado, el señor Syam, quien parece decidido a protegerle.

Ricardo se volvió hacia su protector, y, después de agradecerle su interés, le preguntó al director:

—¿Y cuándo debo partir?

—Ahora mismo. No tiene usted tiempo que perder, si quiere coger el tren que sale para Niza a las once. Tome un taxi y diríjase a la estación inmediatamente.

le dado tiempo para que avisase a su novia... ¿porque supongo que la tendrá usted?

—Sí, señor — respondió el muchacho— Estamos a punto de casarnos, y esta marcha sin despedirme de ella, no me es muy agradable.

—Sin embargo, puede usted escribirle una carta, diciéndole los motivos que le han obligado a esta salida de París. Tome, aquí tiene papel y pluma. Escríbale, aunque sea sólo dos letras.

Le entregó su estilográfica, y el muchacho escribió a Palma, diciéndole que dentro de dos días estaría de vuelta en París. Una vez redactado el sobre, al pasar por un estanco, Syam mandó detener el coche, a la vez que decía al joven:

—Vaya a echar la carta al buzón, no es preciso que aguarde llegar a la estación; pero no se entretenga demasiado, porque el tiempo vuela.

Ricardo de un salto salió del coche, dejando en él la cartera con todos los documentos, y este momento fué el que aprovechó Syam para apoderarse de los cheques y ocultarlos rápidamente en la suya. Cuando Ricardo volvió no advirtió el robo de que había sido objeto, y momentos después se despedía del que creía su protector, agradeciéndole la atención que con él había tenido.

Segunda parte

En el mismo hotel en que paraba Palma se hospedaba también Hanni Hertz, quien a los pocos días supo apoderarse de la amistad de la incauta joven y ser su único confidente. Era la tal una aventurera, cómplice, por amor de las poco honradas operaciones de Syam, quien, al conocer la fortuna de Palma, estaba dispuesto a apoderarse de ella, fuera de la forma que fuese. Cuando acabó de dejar al joven en la estación de Lyon, volvió al hotel y, apenas entró en el cuarto que ocupaba Henni, le dijo:

—¿Has cobrado el cheque que te di?



Hanni amiga de Palma.

—Esta misma mañana — respondió la joven.

—¿No han sospechado nada? — volvió a preguntar el apoderado del Banco.

—Eres demasiado buen falsificador para que nadie sospeche a simple vista de una firma que tú imitas—exclamó la aventurera, echándole los brazos al cuello. Su amante la separó de él burcamente, y le dijo:

—Déjate ahora de tonterías y hablemos seriamente. El golpe del Banco está ya dado y es menester que procuremos salir de París y ganar la frontera en cuanto antes. Yo saldré hoy mismo para Niza, procura coger tú el mismo tren y espérame en el hotel Royal.

Y mientras los dos aventureros preparaban el plan, Palma recibía la carta de su novio, en la que le daba cuenta de su marcha. Inmediatamente contestó a ella, y cuando se disponía a salir para llamar a la camarera, se encontró con Syam, que le dijo:

—¿Cómo está useed, señorita Palma?... Hace varios días que no nos vemos...

Palma no tenía grandes deseos de entablar conversación, mas, Syam, sin esperar la invitación, entró en el cuarto de la joven, diciéndole:

—Me he enterado de que su prometido está empleado en el Banco en el cual soy yo apoderado y me ofrezco a usted para hacer

por él cuanto desee. Dígame su nombre y déjelo de mi cuenta.

Palma, al oír esto, cambió inmediatamente su aspecto hostil, y lo invitó a que le hiciera compañía, a la vez que le decía:

—Mi prometido se llama Ricardo Gontier. No dudo que lo conocerá usted.

—Desde luego—repuso Syam. Es un empleado modelo, y prueba de ello es que yo mismo he solicitado del director esta mañana que se le confie una delicada misión en Niza.

—¿Y cuándo volverá?—preguntó ansiosamente ella.

Syam sonrió, a la vez que le daba una palmadita en el brazo, como indicio de una amistad que no existía, y respondió:

—No sea usted tan impaciente. Sólo le privaremos de su presencia unas cuarenta y ocho horas... Ya ve que somos consecuentes con los enamorados.

Palma sonrió, aunque, sin saber por qué, la actitud de aquel hombre no le era del todo tranquilizadora.

Mientras que en el hotel ocurrían los acontecimientos que acabamos de relatar, en el Banco se había descubierto la falsificación del cheque cobrado por Henni, y un empleado entró a decirle al director:

—Señor Jabril, esta mañana se ha pagado



La actitud de aquel hombre no le era del todo tranquilizadora.

un cheque a nombre de la señorita Henni, y su firma no coincide con las anteriores.

El director dió un salto de su asiento, y tomando el cheque que le mostraba el empleado le dijo, después de comprobar la veracidad de la falsificación:

—No diga usted nada de lo ocurrido. Avise inmediatamente al señor Syam y hágalo entrar en mi despacho en cuanto llegue.

A primera hora de la tarde llegó el apoderado al Banco, y el director, le dijo:

—Siento decirle, señor Syam, que su recomendado no me merece tanta confianza como a usted.

—¿Puedo saber el motivo de sus palabras?—respondió tranquilamente Syam.

—Esta mañana se ha pagado un cheque a nombre de la señorita Palma, cuya firma está falsificada—respondió el director.

—Pero eso no quiere decir nada en contra de mi patrocinado—exclamó Syam, sin perder su sangre fría.

—Tenga usted presente que él es el jefe de esa sección y sin su comprobación no ha podido ser satisfecha esa cantidad.

—Así y todo no lo creo — respondió el aventurero—. Gonthier no tenía necesidad de falsificar la firma de su prometida para cobrar un cheque a su nombre.

—¿Dice usted que la señorita Palma es su prometida?—exclamó el director—. Pues ahora está todavía más claro el asunto... ¡Y nosotros que le hemos enviado con los cheques de los accionistas. Es preciso salir inmediatamente para Niza, antes de que él se dé cuenta de que lo persiguen.

Llamó a un ordenanza, y le dijo:

—Hagan el favor de avisar a la señorita Palma y decirle que venga inmediatamente, para un asunto que le interesa.

Cuando ésta recibió el aviso telefónico del Banco, todo lo pensó, menos que pudiera

ser el asunto de que se trataba. No obstante salió inmediatamente hacia las oficinas del Banco, y al llegar, le dijo un empleado, haciéndola entrar a la sala de espera, contigua a la del director:

—Tenga la bondad de esperar un momento, el señor director tiene ahora una visita. Palma, que había ido acompañada de Heni, esperó impaciente para saber de lo que se trataba, mientras que la visita despachaba con el señor Jabril.

Era este un antiguo cliente, que había ido a la Banca para arreglar sus asuntos. Llamábase Agerson, célebre psicólogo, sueco, que quedó ciego en un grave accidente que le costó la vida a su joven esposa. Cuando salía del despacho del director oyó la voz de la joven, y se quedó parado, recordando en ella a la de su esposa muerta.

En el despacho del director empezó la conversación, diciéndole éste a la joven:

—La he mandado llamar para darle una noticia desagradable.

Palma sintió que la sangre se le helaba en las venas. Su presentimiento de la mañana iba a confirmarse indudablemente.

Jabril continuó diciéndole, a la vez que le enseñaba el cheque falsificado:

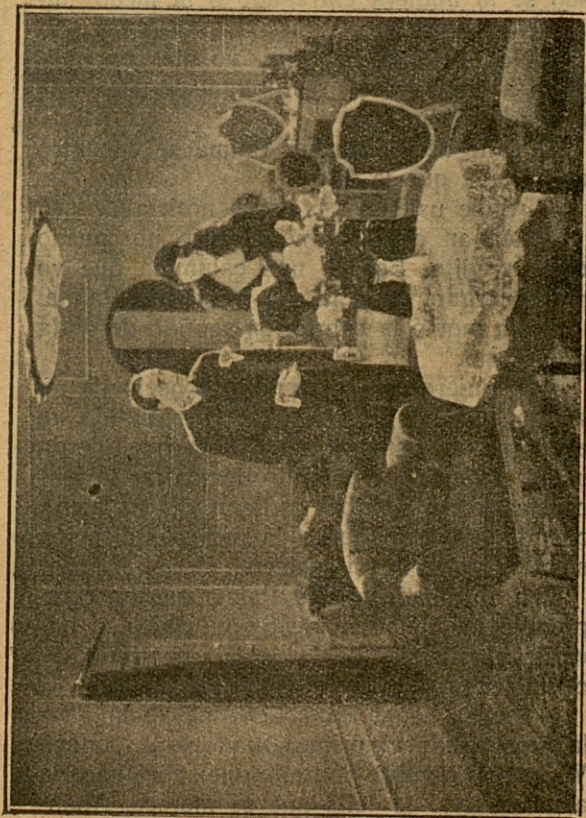
—Este cheque es la obra de un falsificador. Indudablemente es uno de nuestros empleados que conoce el número de nuestras

cuentas corrientes y el de su talonario. Yo tengo derecho a sospechar de vuestro prometido, puesto que únicamente él puede conocer el número de su cuenta corriente. A instancias del apoderado, señor Syam, hoy le había sido honrado con la confianza de ser portador de varios millones. Antes de que se produzca el escándalo que repercutiría en desprestigio del Banco, marcharé a Niza, para averiguar la verdad de todo lo ocurrido, y si, como tengo la seguridad, es culpable, lo entregaré a la justicia.

—¡Eso es una calumnia!—protestó enérgicamente Palma—. Ricardo no puede ser un ladrón. Además, yo reconozco ese cheque y usted no tiene derecho a perseguirlo.

—Comprendo, señorita, sus palabras—expone que la falta de su prometido no es solamente la falsificación de este cheque, sino que, además, es depositario de varios millones y esto es precisamente lo que tengo la obligación de impedir que se lleve.

—Me parece, señor, que basa sus palabras en un argumento demasiado elástico y trivial, para poder hacer una acusación tan contundente como la que hace. Yo le demostraré que no es cierto nada de eso que dice. Me consta que Ricardo es incapaz de una acción semejante. Además, no le hacía falta recurrir a este engaño para obtener dinero. De sobra sabía él que todo cuanto yo po-



— ¡Eso es una calumnia! —

seo se lo hubiera entregado a la menor indicación suya.

—No obstante, señorita, yo me veo obligado a cumplir con mi obligación—terminó diciéndole el director.

Al salir del despacho, Palma se encontró con Syam, que le dijo:

—¿Sabe usted ya la triste noticia?

—Acaban de decírmela, pero no puedo darle crédito. Eso es una calumnia que yo me encargaré de aclarar—respondió Palma.

Syam movió la cabeza en sentido de duda y exclamó:

—Si quiere usted seguir el consejo de un amigo leal, no haga nada. Su prometido no es digno de usted y es lástima que pierda usted el tiempo, queriendo demostrar la inocencia de un hombre indigno de su amor, cuando hay otro que a la menor indicación suya se volvería un esclavo.

Tan abrumada estaba Palma que no comprendió las palabras de Syam, quien al advertir el silencio de la joven, continuó diciéndole:

—Piense usted Palma en que yo la amo, la amo desde el primer día que la conocí. Yo soy un hombre honrado que sabré hacerla a usted todo lo feliz que se merece. Abandone a ese desgraciado, olvídalo, y piense solamente en la ventura que nos aguarda si usted quisiera...

—¡Caballero! — exclamó Palma indignada —¿Cree usted, acaso, que yo soy de esas mujeres que aman dos veces en la vida? Amo únicamente a Ricardo, de cuya inocencia estoy segura, pero aun cuando fuera culpable, no dejaría por eso de amarlo.

El tono de la joven fué tan enérgico que Syam no se atrevió a continuar insistiendo, mucho más cuando vió que en la puerta aparecía Henni, que había tenido tiempo de oír las últimas palabras.

—¿Qué te decía? — preguntó la aventurera.

—No sé—respondió Palma, que apenas podía coordinar sus ideas—. Me hablaba de amor y de no sé qué cosas, que apenas si he podido entender.

Luego le refirió la entrevista que había tenido con el director, y terminó diciéndole, a la vez que salía del Banco.

—Es preciso que hoy mismo salga para Niza, para prevenir a Ricardo. ¿Quieres venir conmigo?

La actitud de su amante había suscitado en el corazón de la Henni el requemor de los celos y aceptó el ofrecimiento de su amiga, deseando comprobar la fidelidad de Syam.

Tercera parte

Una hora después de la entrevista celebrada con el director del Banco, Palma y su amiga ocupaban en el tren de Niza un de-

partamento de primera clase. La casualidad en aquella ocasión se había complacido en reunir en el mismo tren a todos los personajes de aquel drama, y el director Jabril, Syam, Palma, Henni, el ciego Angeerson y su médico marchaban hacia Niza.

En el departamento ocupado por el director del Banco y el apoderado, viajaba también el repórter Paul Vachette, quien lo mismo hacía una crónica de sociedad, que escribía un artículo detectivesco. Fingiendo completa indiferencia fué enterándose de la conversación que sostenían los dos hombres, y por la forma solapada con que Syam acusaba a Ricardo, comprendió el periodista que aquel hombre era un taimado, que, sin duda, trataba de hacer pagar a un inocente el crimen cometido por él.

Dispuesto a emprender la fuga, en cuanto la ocasión se le presentase favorable, Syam llevaba en su cartera los cheques sustraídos a Ricardo, y en uno de los vaivenes del tren, ésta cayó al suelo, desde la redecilla, donde la había colocado. Al recogerla, Paul la vio llena de acciones del Banco y supuso que aquellas acciones eran las mismas por las que perseguían al muchacho sobre quien sostenían la conversación, y se propuso desenmascarar a aquel miserable.

Mientras tanto, Palma sufría horriblemente en su departamento. La noche había ido cu-

briendo con su velo negro todos los objetos y la enamorada joven trataba inútilmente de conciliar el sueño. En el corto tiempo que consiguió permanecer dormida una terrible pesadilla vino a soliviantar su sueño. Vió a su novio perseguido, huyendo en una embarcación, perseguida de otra, en la que los guardias disparaban sin cesar. Por fin uno de aquellos disparos alcanzó a Ricardo, y éste, herido mortalmente, caía al agua. Dió un grito de horror y se despertó sobresaltada, exclamando:

—¡Oh, no puedo más!... ¡Me ahogo!... ¡Esto es mayor que mis fuerzas!

—Pero, ¿qué te sucede, querida?—le preguntó compadecida Henni.

—Soñaba conque Ricardo estaba herido—respondió Palma—. No puedo dormir tranquila ni un momento.

El grito que dió Palma al despertarse había llegado hasta donde estaba el ciego psicólogo, y al oír de nuevo su voz, le dijo al médico que le acompañaba:

—Doctor, me parece que en el departamento de al lado, alguien necesita de sus servicios. Vamos a ver qué es lo que pasa.

Cuando llegaron al departamento de Palma, ésta, más tranquila, agradecía la atención de los dos hombres, y su voz, al soñar cerca del ciego, produjo en su corazón un

sentimiento tan dulce, que de buena gana se hubiera sacrificado voluntariamente con tal de evitar a aquella mujer el menor sufrimiento. Aquel sonido de voz despertaba en su alma los recuerdos más felices de su vida y en sus ojos apagados brilló una lágrima de ternura.

A la hora del almuerzo, Palma tuvo por compañero en el vagón restaurant al canalla de Syam, que intentó nuevamente su conquista, sin pensar que estaba tan cerca de su antigua amante.

—Veo, señorita—le dijo—, que a pesar de mis consejos se obstina usted en ir contra la realidad de los hechos. Su novio será detenido mañana mismo y su nombre quedará manchado para siempre. Hágame caso y abandone su arriesgada empresa, en la que nada puede salir ganando.

—Le agradezco mucho su interés—respondió secamente Palma—. Pero no necesito consejos de nadie para saber lo que debo hacer en cada caso.

Las insinuaciones de Syam, su obstinación en quererle presentar a su prometido como culpable, hicieron brillar en el alma de la joven una luz. ¿Por qué no podía ser aquel hombre el verdadero ladrón?... ¿Acaso no había acompañado a Ricardo hasta la estación?... ¿No fué él quien lo designó para que llevara los cheques a Niza?

Todas estas preguntas que se hizo a sí misma tuvieron igual contestación, y Palma, segura de la culpabilidad de aquél, fué en busca del ciego, para contarle todo lo que le pasaba y sus sospechas.

CUARTA PARTE

Sin pensar en otra cosa que en el pronto regreso a París, para poder volver a ver a su amada, Ricardo Gonthier llegó a Niza, sin sospechar el robo de que había sido víctima. Sólo cuando se halló en el hotel y abrió la cartera se dió cuenta de la desaparición de los documentos y de los valores. El descubrimiento lo dejó anonadado. ¿Qué diría al Consejo de accionistas al día siguiente? ¿Cómo hacerles creer que había sido robado? Nadie le creería y su detención sería inmediata y su deshonor inminente. Sin embargo, no pensó en huir. Su conciencia no le acusaba de ningún delito y pensaba que únicamente los que huyen son los culpables. El esperaba sin temor, pero el recuerdo de Palma vino a alterar sus pensamientos. Y ella, ¿qué pensaría?... Indudablemente, al verlo complicado en un asunto que tenía trascen-

dencia y con todas las pruebas en su contra, le despreciaría, le encontraría indigno de su amor. Esta idea fué la que más le atormentó, pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo consiguió dominar su intranquilidad, para hacer frente a la triste situación que le amenazaba. No quiso dar cuenta a la policía para no complicar más el asunto y solamente pensó en telegrafiar al Banco, para probar la única posibilidad de que se hubiera dejado olvidado los valores en el despacho del director. Con este objeto redactó el siguiente telegrama:

"Director Banco Internacional:

"Dígame si dejé olvidado valores de Niza.

Gonthier."

Hecho esto, esperó algo más tranquilo, casi con la seguridad de que la contestación sería afirmativa.

Mientras tanto, Palma luchaba denodadamente para demostrar su inocencia, y le refería al ciego el motivo de su viaje, diciéndole:

—Estoy segura de que mi prometido es incapaz de una acción semejante y mucho más después de haber oído al opoderado Syam.

—Yo también estoy seguro de que está usted en lo cierto—respondió el psicólogo. Mi amigo Paul Vachete, me ha hablado del asunto y convengo con él de que el culpable es ese Syam de que me habla. Tenga usted con-

fianza en mí y yo le prometo que haré cuantos sacrificios sean necesarios para demostrar la inocencia de su prometido.

—Cuenta usted también conmigo, señorita—exclamó una voz a su lado y que era precisamente Paul, de cuya entrada no se había dado cuenta Palma.

—Gracias, caballero—exclamó conmovida Palma; pero creo que debíamos comenzar inmediatamente antes de que el canalla se dé cuenta de que sospechamos de él.

—No es necesario—respondió el periodista—. El ya sabe que ha suscitado mis sospechas. Lo único que desconoce es la fuerza de mis puños, y se lo voy a demostrar en seguida.

En efecto, salió al pasillo, y haciendo que no vea a Syam que venía en sentido contrario lo atropelló. En vez de disculparse, exclamó indignado:

—Lo menos que podía usted hacer, caballero, si es que no desconoce las reglas de la cortesía, es pedir perdón.

—El que las desconoce por completo, es usted, señor mío—respondió Syam.

Las palabras fueron sucediéndose cada vez más violentas, hasta que terminó en lo que deseaba el periodista, en un verdadero match, del que salió mal escapado Syam.

A las voces de los contendientes acudieron varios viajeros, y entre el médico, que acom-

pañaba al ciego y el director, hicieron en entrar al apoderado al departamento que ocupaba Palma.

—Ahora va usted a confesar quién es el verdadero ladrón—le dijo el periodista.

—Yo no conozco a más ladrón que al novio de esta señorita—exclamó Syam.

—¡Mentís, canalla! — respondió Palma—. Ricardó es inocente... Queréis perderle para deshonrarle ante mis ojos y obligarme a aceptar vuestro amor.

Henni se convenció entonces de la falsía de su amante y, cegada por los celos, descubrió a su cómplice, diciendo:

—Tiene razón esta señorita. Fué él quien falsificó el cheque que yo cobré con nombre supuesto. El fué quien me obligó a hacerme amiga de la señorita, para conocer el número de su cuenta corriente. Las acciones de Ricardo las tiene en la cartera.

La culpabilidad de Syam estaba manifiesta y quedó encerrado en su departamento para ser entregado a la justicia tan pronto como llegaran a Niza; pero el miserable, cuando se vió solo hizo funcionar el timbre de alarma, y el tren paró segundos después, los cuales aprovechó el aventurero para intentar escapar. Palma, al verlo, gritó, dando la voz de alarma, y Syam, riéndose de sus gritos, le dijo:

—Ahora llegaré yo antes a Niza. El Con-

sejo me creará a mí y vuestro prometido será condenado por culpable.

Dicho esto huyó por el pasillo que conducía a la plataforma para saltar del tren, pero antes que pudiera realizar su intento, el periodista le había detenido y obligado a entrar de nuevo en su departamento.

Palma, creyendo que había huído el miserable corrió en busca de Angeerson, y le dijo:

—¡Por Dios, caballero!... Syam ha huído del tren y llegará a Niza antes que nosotros. ¡Usted me ha prometido hacer todo lo posible por mi felicidad! Es preciso que lleguemos a Niza antes que ese malvado... ¡Llevamos dos horas de retraso, haga todo lo que pueda!...

El ciego acarició paternalmente a la joven, a la vez que le decía:

—No temas, hija mía. Yo lo solvaré. He sido ingeniero de ferrocarriles y no necesito de la vista para conocer el manejo de una locomotora.

Sin decir más corrió hacia donde estaba la máquina, y, aprovechando la ausencia del conductor que había bajado en la estación, puso el tren en marcha.

A los pocos minutos aquel tren, manejado por un ciego volaba por la vía, sin entender ninguna señal de parada. Era un monstruo que devoraba kilómetros tras kilómetros, sin que hubiera fuerza que lo detuviera.

El roce de las ruedas del vagón donde es-

taba Palma produjeron algunas chispas, que no tardaron en comunicarse con la madera y pronto se vió todo el departamento convertido en llamas. La situación de la joven no podía ser más crítica, o se arrojaba a la vía, cosa imposible por la marcha desenfrenada del convoy, o parecía ahogada entre las llamas. Por fin hizo un supremo esfuerzo y pudo asirse a los topes de la máquina, dejando todo el resto del tren atrás envuelto en llamas.

La violencia de los vagones desprendidos fué aminorando lentamente y al pasar por un puente Syam se arrojó a él, con el propósito de alcanzar la máquina e impedir que ésta llegara a Niza antes que él.

En una población cercana alquiló un automóvil y corrió por la carretera detrás del tren. Horas antes de llegar a Niza consiguió su objeto y saltando sobre la locomotora intentó arrojar a la vía al psicólogo. Los dos hombres lucharon con la desesperación de la muerte, a medida que el tren, falto de carbón, iba poco a poco deteniendo su marcha. Fué una lucha de fieras más que de hombres, en la que ninguno quería declararse vencido. Ageerson desangrando considerablemente por las heridas que le había hecho el aventurero, hizo un esfuerzo supremo y arrojó a su adversario a la vía, donde quedó destrozado por las ruedas de la locomotora.



...arrojó a su adversario a la vía

Horas después, en la estación de Niza se vieron sorprendidos por la llegada de una locomotora en cuyo interior había un hombre muerto y en sus topes una mujer desmayada.

Ricardo se hallaba desesperado ante el silencio de su principal, y el ver entrar a Palma, exclamó:

—¡Palma, tú aquí!

Cuando Palma volvió en sí, lo primero que hizo fué correr en busca de su amado, para notificarle que había sido salvado.

—Sí, Ricardo—respondió la joven, echando-

se en sus brazos—. Sé que has sido víctima de un malvado que te robó las acciones, pero yo he conseguido demostrar su inocencia. Dentro de poco llegarán los otros viajeros del tren y ellos confirmarán mis palabras.

—Palma — exclamó conmovido el muchacho, te debo más que la vida.

—Y yo a ti mi felicidad—respondió ella, a la vez que cerraba sus ojos y le ofrecía sus labios, donde los dos amantes en un transporte de dicha inmensa libaron lo infinito de aquel amor que los unía para siempre.

FIN

.....

¿Quiere usted aprender

Los balles de moda?

Precio de
cada
método:
25 Cts.

Pida hoy mismo los métodos de:

TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK-BOTTOM

TANGEMANIA

REVISTA
MUSICAL
ILUSTRADA

Números extraordinarios

60 céntimos

- Num. 1 - ESTA NOCHE ME EMBORRACHO
LA INGLESA. Agustín Irusta.
- Núm. 2 - EL CARRERITO :: POMPAS DE
JABÓN. Luelo Demare.
- Núm. 3 - NIÑO BIEN :: AVE NOCTURNA
Roberto Fugazot.
- Núm. 7 - BARRIO REO :: ALAS
Irusta - Fugazot - Demare.
- Núm. 9 - LA CIEGUITA :: SILBIDO. Gardel.

Números corrientes

40 céntimos

- Núm. 4 - LA REJA. Marcucci.
- Núm. 5 - MIS LINDOS SUEÑOS.
Eugenia Galindo.
- Núm. 6 - VIDALITA. Bachicha (I.B. Deambrogio)
- Núm. 8 - ARRABAL. May Turgénova.
- Núm. 10 - LLEVÁTELO TODO. GiliBERTI.
- Núm. 11 - CARNE DE CABARÉT
Imperio Argentina.

— Pedidos a —
BIBLIOTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
aviso del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

LECTURA PARA TODOS

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELON

M. NIETO GALAN

UNA MUJER "CAÑÓN"

TOMAS PRIETO

LA SEÑORITA CITROËN

R. PUENTE NEVOI

EL CASTIGADOR

JORGE RUEN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio:

25 cts.

PORTADA A TODO COLOR
32 PAGINAS DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Coleccion Ud. la Selección de FIMLS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
El templo de Venus	M. Philbin
Sacrificio	Fay Compton
Las garras de la duda	Leda Gi-
Ruperto de Hentzau	Lew Cody
La esposa comprada	Alice Terry
El juramento de Lagardère	G. Jacquet
Buda, el Profeta de Asia	Himansu Rai
La princesa que amaba al amor	A. Manzini
La hija del Brigadier	Nora Gregor
La mujer que supo amar	J. Barrymore
La fiera del mar	Doris Kenyon
Fausto	E. Jannings
La que no sabía amar	A. Moreno
Una aventura de Luis Candelas	M. Soriano
Cuando los hombres aman	F. Dhelle
El caballero de la rosa	J. Catelain
Los cadetes del Czar	Irene Rich
Los amores de Manón	Dolores Costello
Valencia	M. Baldaicín
La tragedia del payaso	G. Ekman
El cuarto mandamiento	Mary Carr
Odette	F. Bertini
Titánic	G. O'Brien
Flor del desierto	Vilma Banky
Lances del querer	N. Shearer
Entre el amor y el deber	R. Navarro
La vida privada de Helena de Troya	R. Cortez
La rosa de California	Luis Alonso
Noche trágica	Jacobini
La frágil voluntad	Gloria Swanson
El jardín de Alá	Alice Therry
Tres pecadores	Pola Negri
La espía de la Pompadeur	Liane Haid

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films Apartado 707. Barcelona